



El senador Josep Benet, rodeado de parlamentarios y de pueblo, llega a la plaza de Sant Jaume, tras su destitución por Tarradellas.

Suárez y Tarradellas

LA RESPONSABILIDAD DE LA DIADA

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

CUANDO, a mediados del siglo XIX, el compositor Emilio Arrieta estrenó "Marina", no tuvo demasiado éxito. La opinión estaba dividida entre zarzueleros y operísticos, pugna nacional-cultural que traducía a términos del siglo XIX la vieja lucha entre parudados del octosílabo, el endecasílabo y la futura pugna entre partidarios del calzoncillo braga y los del calzoncillo pantalón. Arrieta estaba en la línea castellanista de la época, y cuando el tenor desembarca en Lloret para cantar una romanza, grita:

**Costas las de Levante,
Playas las de Lloret.
Dichosos los ojos
que os viesen volver a ver.**

En este fragmento radica la gran dificultad cantora de la ópera menor de Arrieta. Hay tenores que se han estrellado en ese ~~vuesseeeeeeeee~~, y el público aún recuerda los cojones del alma que ponía Hipólito Lázaro en el fragmento. Lázaro, cuantos los supervivientes, ha sido el mejor cantor de "Marina".

Pues bien, agosto desembarcó en las costas de Levante; aunque un poco más arriba de las playas de Lloret, al gran tenor de la ópera de la reforma, Don Adolfo Suárez pasó sus vacaciones en la finca del extraño millonario Van der Walle y costas las de Levante fueron el centro político neurálgico de la política del Estado durante varios días. Tan importante era que parte de la Flota española escoltaba al ir y venir del tenor sobre un yate modesto si lo comparamos con el que utilizaba el pinochetismo Franco cuando se dedicaba a pescar cachalotes. No sólo patrullaba la Flota española. El señor Carlos Sentís se ha pasado todo el verano patrullando por costas las de Levante sobre una gondola muy deportiva y cubierta con un gracioso gorrito de lana muy conveniente ante las desigualdades del verano. Sentís es un gran patrullero de la política catalana, y sobre su gondola y a remo ha sabido siempre llegar a buen puerto a pesar de las más atroces tempestades. ¿Que patrullaba Sentís? Por una parte, el poder, el centro de energía que vi-

vilica. Por otra parte, las decisiones del poder con respecto a la clave de la política catalana y de alguna manera, de la política general del Estado; la resolución al problema histórico y actual del autogobierno de Catalunya. Especialmente: Sentís remaba frente a las playas de Calella, donde veraneaban buena parte de los "hombres del honorable Tarradellas". La colonización semántica es espantosa y el imperio anglosajón ha exportado a todo el mundo su nomenclatura política, especialmente desde que el kamedyiano se inventó el truco del imperialismo bien astuchado.

La jugada de la Generalitat no sólo se desarrollaba en Madrid y en St. Martin-le-Bas o en París. El staff del señor Tarradellas se removía por las costas las de Levante y el señor Sentís vigilaba de cerca la maniobra, porque la Unión de Centro Democrático sólo tiene una posibilidad de futuro en Catalunya: que sepa subir al estribo del carro del regreso triunfal de las instituciones catalanas. A eso juega el Gobierno y a eso juegan sus representantes catalanes. Por

su parte, los parlamentarios de la izquierda independiente o calificable juegan a que esas instituciones vuelvan llenas de contenido y funcionalidad, porque de lo contrario tendrían que rendir imposibles cuentas al electorado. ¿Y el señor Tarradellas? ¿A qué juega Tarradellas? A dar sentido a la pasión de toda una vida. Siempre fue un hombre de temperamento y tuvo la suficiente estatura como para ser un peso pesado de la política. Duro, Tenaz, Desconfiado. Tarradellas está convencido de que nadie vive tan auténticamente la reivindicación catalana como él, de que nadie tiene el derecho de quitarle el papel de protagonista de su restauración; de que nadie sabe "hacer política" como sabían los políticos de antes, de que nadie es digno de confianza total como para compartir la legitimidad de la representación nacional de Catalunya.

El conflicto entre Benet y Tarradellas se veía venir. Es un conflicto largo, ancho y hondo, en el que juegan un importante papel las antipatías espontáneas. Son inevitables en el plano de las relaciones personales, pero pueden ser suicidas cuando afectan a decisiones políticas históricas. Los parlamentarios temían que Tarradellas estuviera dispuesto a ceder ante Suárez con tal de conseguir el papel de primer protagonista del fin de fiesta. Tarradellas esgrime que las razones de Catalunya están por encima de las razones coyunturales de la política de los partidos. Los centristas, desde el señor Sentís al señor Suárez, se benefician de esta pugna de desconfianzas porque trasladan las dificultades al territorio de la responsabilidad de los que más han luchado en pro de las libertades de Catalunya. Ahora, si la Generalitat no



Los parlamentarios

volvía es porque "ellos mismos no se entienden", a pesar de la "buena fe" puesta por el Gobierno y la Unión de Centro Democrático.

Tarradellas destituye a Benet sin entender que tras Benet hay más de un millón de votos. Los parlamentarios han aprendido que Tarradellas ha llegado del olvido a encarnar un símbolo histórico y consideran que es peligroso defenestrar símbolos de este tipo. El pueblo esperaba un 11 de septiembre triunfal con liturgias catárticas que aportaran la justicia elemental de la Historia. Las cosas se han complicado y si no se arreglan en los días que faltan hasta el 11 de septiembre podemos asistir a una jornada o frustrante o trágica. No se puede poner a masas enteras en el disparadero de las emociones colectivas más entrañables y luego salir al escenario para decirles:

—Por causas ajenas a la voluntad de la empresa, se suspende la función.

La Unión de Centro Democrático sale inmaculada de un conflicto que ha contribuido fundamentalmente a provocar con su política de separar a Tarradellas de los políticos en activo en el interior. Por su parte, el señor López Rodó ha aprovechado la ocasión para llevar el agua a su molino e insistir sorprendentemente en la total soberanía popular sobre la cuestión autonómica, negando a Tarradellas cualquier poder de decisión. Lo que el señor López Rodó niega es lo que ha negado durante toda su vida a través de su ejecutoria política: la institucionalización misma de Catalunya. A última hora, Reventós trató de recomponer el roto jarrón. Viajó a Francia para negociar con Tarradellas una marcha atrás en su decisión de destituir a Benet como miembro de la comisión negociadora. Por teléfono se reclutó a gente para que fuera a la plaza de St. Jaume a

aplaudir a Benet cuando entró en la reunión de la Asamblea de Parlamentaris.

Los hombres del presidente publicaron una nota en la que se sentaba la infalibilidad de Tarradellas y se establecía una intolerable comparación entre López Rodó y Benet. La reunión de los parlamentarios se prolongó hasta la madrugada y mientras tanto el rayo que no cesa, el honorable Tarradellas volvía a aparecer sobre las nubes con un comunicado en el que anunciaba que había llegado a un acuerdo con Sánchez Terán.

Las opiniones están divididas, pero no mucho cuando llegan a la pregunta: ¿para qué se han elegido unos diputados si luego la suerte de Catalunya la negocian a solas Tarradellas y el Gobierno centrista? Buena parte de la prensa pide unidad en torno al presidente y exige a los señores diputados que se la onvainen. De momento, el Partido Socialista ya ha apartado de sus filas a Sureda, un "hombre del presidente", por haber participado en las reuniones madrileñas sobre el futuro de la Generalitat, reuniones encabezadas por otro hombre del presidente, a todas luces el más determinante: Manuel Ortíz.

¿Y el presidente?

Espera en St. Martin-le-Beau guiado por una lógica personal, hoy por hoy intransferible. Tal vez esa lógica no tiene otro punto de apoyo que el miedo del poder presupuesto por Tarradellas. El 11 de septiembre puede ser un grave problema de orden público, un grave problema para Suárez. Tarradellas ha jugado con esta baza por delante, pero al haber llegado a un resultado a espaldas de los parlamentarios, la responsabilidad del 11 de septiembre queda desde este momento compartida por Suárez y Tarradellas. ■

Los
Contem
porá
neos

LOS PIES DEL GATO DEL SEÑOR SUÁREZ

No busquen ustedes al gato más o menos de cuatro patas", dijo el presidente Suárez a los periodistas que le esperaban al regreso de su viaje. Pero el presidente Suárez sabe perfectamente que el número de patas del gato político se ignora. Como el número de colas: podría tener muy bien nueve, como el famoso gato de nueve colas —un palo de abedul y nueve tiras de piel de hipopótamo— que se empleaba hasta hace poco tiempo como elemento de persuasión en los penales británicos, y que aquí podría ser implantado para convencer a los periodistas de que no hay que crear "más problemas de los que hay". Ya el séquito del señor Suárez regañó a los periodistas que le acompañaron en el viaje por decir que el presidente francés estuvo "duro". Les reprende ahora por "buscar más problemas de los que hay". "España es una cosa muy importante, hagámosla entre todos". Interesaría que el señor Suárez nos dejara hacer a los demás nuestra parte de España. Esa parte puede consistir en decir un día que el gato tiene siete patas, o bien que sólo tiene dos. Esto es, que es un gato mal hecho, que pertenece a una teratología. Se dan casos. Y ahora hay grandes sospechas de que el partido del señor Suárez, el Gobierno del señor Suárez, la economía del señor Suárez, la reforma administrativa del señor Suárez, va siendo como una criatura talidomídica. Un gato con más o menos patas de las que la zoología permite.

Una vez más, vemos que todo parece volverse contra quien cuenta o comenta las cosas, en lugar de contra las cosas mismas. "Tiene que haber un poco de optimismo", dice Suárez a los periodistas. Pero, ¿por qué? ¿Hay alguna ley, moral o material, que indique que un país se construye mejor con optimismo que con pesimismo? Hubo antes esas leyes, se concretaron en un Ministerio de Información —y sus organismos correspondientes— y más tarde en una Ley de Prensa. Al que aparecía pesimista con respecto al número oficial de patas que debía tener el gato, se le castigaba. O se le prohibía. Ciertamente el señor Suárez está queriendo conservar algo de aquella fábrica del optimismo. La conversión del Ministerio de Información en Ministerio de Cultura, y la reasunción de las funciones de control y de las funciones punitivas en una Subdirección dependiente de una Subsecretaría, indican que el Gobierno tiene esperanzas de mantener el optimismo obligatorio. Las regañinas y los consejos del señor Suárez a los periodistas siguen siendo residuos del pasado esplendor de los Gobiernos impunes, que invocaban el nombre de España para la utilización de la mordaza.

Pero, ¿cómo le pedirá al pueblo un poco de optimismo? ¿Cómo les dirá a los miembros de su partido que públicamente piden un Gobierno de coalición que oculten que este Gobierno está en crisis interna? ¿Cómo podrán ser optimistas los obreros en paro, las amas de casa en el mercado, los estudiantes sin posibilidad de matrícula? ¿Cómo exigirá el optimismo a los empresarios cuyos negocios no florecen, a los trabajadores cuyos sueldos no alcanzan? Que el señor Fuentes Quintana sea optimista, es un problema suyo. Una cuestión de sabio distraído, que hace sus ecuaciones sin advertir que se está quemando la casa en torno suyo.

El optimismo no se gobierna. No se dispone por decreto. Los antecesores del señor Suárez y sus compañeros de Gobierno o de poder lo han aprendido demasiado tarde, cuando, tras decenios de estrangulamiento de las realidades, las realidades se les han venido encima. Gobierna la vida el señor Suárez, no su reflejo. El reflejo no es suyo. Y parece que la vida del país tampoco. ■

POZUELO



catalanes, reunidos en asamblea, para tratar el tema Benet.